

Adiós al Tíbet

Gabriel Zaid

1. En la década de los setenta, se escuchaban en Monterrey lamentos por el desastre que había llegado de Los Pinos. ¡Y nosotros que estábamos orgullosos de haber creado un oasis de productividad en el desierto! Nosotros que anticipamos el México industrial, que paramos la embestida de Cárdenas, que hicimos las pases con Alemán, que nada más pedíamos que nos dejaran trabajar. ¡Construimos en la arena! Nunca pensamos que crecer nos llevaba a la dependencia del poder central. Que las nuevas tecnologías: los aviones, la televisión, las computadoras, reforzarían el centralismo.

En la década de los noventa, se escucharán lamentos semejantes, pero del centro. ¡Y nosotros que estábamos ufanos de la independencia! Nosotros que paramos las embestidas del imperialismo, que anticipamos la Revolución rusa, que construimos la soberanía mexicana. Nosotros que impusimos a los provincianos rejejos el proyecto piramidal que, a pesar de los pesares, produjo una sociedad moderna y una larga prosperidad. ¡Construimos en el aire! Nunca pensamos que crecer nos llevaba a la dependencia del mercado mundial. Que, por unos tropiezos remediables, acabaríamos integrados al proyecto panamericano, como cualquier otra provincia resentida y rejeja: como una Quebec azteca.

2. Si se observa un mapa ferroviario, carretero, fluvial y de las grandes ciudades del continente americano, se observará qué raros son los países (como Chile, Nicaragua, Perú) que van al Pacífico. Desde Canadá hasta Argentina, casi todo desemboca en el Atlántico. Y, en ambos casos, la población se concentra en las costas, al nivel del mar: recién desembarcada o lista para embarcarse a Europa. Predominan las ciudades que son puertos y puertas de comercio exterior.

Por eso es tan extraño el caso de México y Bolivia, encaramados en las altas cumbres. Parecen ignorar el Atlántico y el Pacífico: ven a los cielos, hablan sólo con Dios. Bolivia ni siquiera tiene acceso al mar. México siente como que no lo tiene. Un presidente veracruzano propuso una "Marcha al mar": sonó a peregrinación a Marte o a la luna.

Veracruz pudo haber sido una capital como La Habana o Buenos Aires; Acapulco, una capital como Lima o Santiago; México, una ciudad del interior, altiva y provinciana. Pero en las soledades del poder central, en el mundo hierático del Tíbet mexicano, Veracruz y Acapulco son ¡ciudades del interior! (como señaló alguna vez Eduardo Padilla). La capital no está donde está: en el interior, sino en la cúspide, en su propio mar lacustre, donde todo desemboca hacia lo alto. Mar de emigrantes, puerto y puerta del cielo, a donde llega y se concentra la población que aspira a más: la luna, las estrellas, los cielos, de las cimas piramidales. Su verdadero comercio exterior es el monólogo narcisista del poder ante la luna. La capital es un puerto espacial de las ideas recién desembarcadas o listas para embarcarse al *topos uranus*.

Etimológicamente, dice Gutierre Tibón, México es "el ombligo de la luna". Políticamente, nunca ha sido otra cosa.

Lo más lunático del poder en México es que haya impuesto su nombre, sus ideas y sus obsesiones tibetanas al resto del país. Para el poder en Washington o en La Habana, el mundo externo es una oportunidad de conquista, de comercio, de influencia. Para el poder en México, el mundo externo es una fuente de peligros, una amenaza de corrupción o destrucción. No sólo eso: los mexicanos mal nacidos, los que nacieron en las costas o en las fronteras; los mexicanos que viajan, que hablan otros idiomas, que viven lejos de la capital o tienen contactos con el exterior, son todos sospechosos de traición a la patria.

3. Esa patria que culmina en Los Pinos: el monasterio de la monarquía en el ombligo de la luna, no es la patria, por supuesto. Es el adoratorio de una religión postiza: el nacionalismo del estado.

Este nacionalismo desde arriba es una creación política del siglo XIX, que aprovecha un sentimiento milenarista, avivado por el romanticismo: el sentimiento de pertenecer a una tribu, la nostalgia de comunidad no dividida. Pero el nacionalismo del estado no es el nacionalismo de las naciones. Es un disfraz sentimental que el estado impone a las naciones, una estatolatría como fe y comunión: la religión oficial que une a todos los ciudadanos por encima de las religiones privadas que los dividen. En esta nueva forma de la Paz de Augsburg se recupera el integrismo: los gobernados y los gobernantes tienen la misma fe. Las diferencias religiosas, el odio religioso, las guerras de religión, se desplazan al exterior. En el territorio de cada estado, hay una sola religión oficial, con derecho a imponerse por las armas, la inquisición y la hoguera: el nacionalismo del estado, homólogo pero opuesto al nacionalismo del estado vecino. Las fronteras dejan de ser las últimas ventanillas del control que impone una burocracia soberana. Se vuelven límites de un espacio sagrado: la tierra prometida por Dios a su pueblo elegido.

En el siglo XIX, aparecen los himnos nacionales, las banderas nacionales, los héroes nacionales, las fechas nacionales y otros elementos sacros del estado, que lo revisten como si fuera una tribu milenaria, en la cual se integran poder y religión. El nacionalismo desde arriba atomiza a los ciudadanos, desprendiéndolos de sus comunidades locales, de sus religiones tradicionales, de sus culturas étnicas, de sus naciones tribales, para religarlos en una ficción que supere la frialdad de la república agnóstica. El estado se disfraza de nación, aunque las naciones de verdad queden repartidas entre varios estados o tengan que convivir en un estado multinacional; aunque las naciones de verdad sean reprimidas a sangre y fuego si, frente al nacionalismo del estado, oponen el nacionalismo de las naciones: las lenguas indígenas, las

creencias tradicionales, sus propios fueros étnicos, la autonomía local.

4. La religión postiza está perdiendo fuerza religante. En Europa, las patrias chicas y hasta la patria grande se vuelven más religadoras que las patrias intermedias. Las lealtades se polarizan en extremos opuestos al estado tradicional: ser europeo, ser vasco, antes que español o francés. En España y en Francia, los vascos sienten más legítimo su nacionalismo desde abajo que el nacionalismo intermedio de los institutos del poder central en Madrid y en París.

La soberanía de las burocracias no es la soberanía de las naciones, y eso se pone en evidencia cuando las burocracias luchan por el control territorial. Es obvio que a la burocracia de Bruselas le gustaría ser soberana sobre todo el territorio europeo, y que las otras se resisten, y que tienen todavía a su favor las religiones postizas (los nacionalismos de cada estado) que no tiene la otra: no hay todavía (si es que llega a haberlo) un nacionalismo europeo. Pero lo artificial de este posible nacionalismo supraestatal (multinacional, multiétnico,

multilingüístico, multirreligioso) sirve para poner en evidencia lo artificial de los nacionalismos estatales del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, de la República Francesa, del Reino Español, de los Estados Unidos Mexicanos.

En los años que vienen, los institutos del poder central en Londres, París, Madrid y México, perderán fuerza como intermediarios monopólicos del contacto con el exterior. Las comunicaciones y el comercio entre las poblaciones de distintos estados ignorarán cada vez más las ventanillas del poder intermediario en esta década. Se escucharán muchos lamentos sinceros, porque está de por medio una religión, aunque sea postiza; porque el poder central tiene su corazoncito, no sólo intereses y beneficiarios. Pero el poder descenderá hacia las costas, hacia los municipios, hacia el corazoncito de las patrias chicas que reclaman autonomía; hacia los polos de poder externo, aunque no nos guste; hacia los mexicanos capaces de competir en el mundo externo y de verlo, por fin, como un campo de oportunidades. □



Composición, 1967, catálogo 90.